



Photo by Steve Johnson on Unsplash

P.

POESÍA

ANA
VARELA

Registros fluviales

Del libro
Voces desde la orilla (2000)

DESDE LAS VERTIENTES

Desde los altos gredales de May Ushin
desde las feroces caídas del Marañón
desde las incandescentes llanuras del Huallaga
mi voz convoca a los habitantes del agua.
Y surcando quebradas desde vertientes remotas
 alcanzo vastedades de arcillas recientes.
 Así me reúno con habitantes del monte
 y nuestras voces se inundan infinitas
 en tenues bóvedas incrustadas por la noche.
Porque es posible alcanzar cifras en geometrías sagradas
porque es posible arrebatarse códigos de sogas alucinadas
 y viajar acompañados por estrellas o soles
 atrapados en la fugacidad de intrépidos rayos.
Porque somos una antigua y sola voz,
 una liana trenzada bajo los incendios
desterrados o señalados por la belleza de los astros
 y su manto de presagio amamantándonos.
Desde entonces rodamos de fuego,
 caemos de fuego,

quemamos las últimas naves del exilio,
demonios que se llaman en libros apócrifos
o en abandonados archivos donde no hay olvido.
Pero las madrugadas aproximan las llegadas
y nuestros pies abrevian rutas del miedo:
ojos de búho a la sabiduría destinados
sobre la vía trazada por los abuelos.
Semejante a cada río que despide sus puertos,
alcanzamos la marcha de la luna
invadidos por la tregua
de un viento insondable.

ORILLA

La orilla desasida borraba nuestras huellas,
El tiempo sin tiempo de las navegaciones inacabadas,
Corteza hecha polvo o sumergida entre las aguas.
¿Hacia dónde viajar con las huellas bajo las corrientes?
¿Adónde correr vacíos de patria y llenos de partidas?
Ventarrones vigilando la sagrada tez de los árboles
Y huracanes lloviendo polvos de aromas y orquídeas.

Sobre nuestras cabezas atentas a los orígenes
Cantaban las aves el canto del naufragio,
Cantaban los hombres el paso de sus viajes,
Mientras los vientos otorgaban la incertidumbre de la hierba.

Fue así en que convenimos la geografía de las distancias.
Entonces las raíces nos arrojaban
Secretos liberados desde la savia de los árboles.

Ágiles en los territorios del presagio, los dioses del monte,
Vigilan la permanencia de las sombras despiertas en los renacos.

DE ESO NO MÁS ME ACUERDO

A Gerónimo Talexio y Artemio Tangoa,
allá en el río Manítí.

No me acuerdo mi edad,
pero he nacido aquí.
Aquí en Santa Cecilia me he hecho hombre
y viejo.
Mi madre era de arriba, de Andoas,
mi padre había llegado de Jeberos.

En aquel tiempo,
no había escuela,
no había autoridades,
solo peones atisbando una esperanza.
Todo el pueblo era un monte
— así como ese bosque atrás de las casas del fondo —

Y como te repito,
he nacido aquí,
entre los azotes de la miseria y
las violentas tardes del saldo.

Todo a cambio de las mercaderías
traídas desde Iquitos.
Y en pleno auge del caucho
nosotros lo sabíamos.
Eran tiempos deshonorosos
de eso no más me acuerdo.

ATRAPADOS ENTRE LLAMAS

Está entre sus llamas el sol
para secar el pescado salado
para tender playas sobre los ríos,
 para tatuar antiguos lunares que los rostros dibujan
 para distinguir resaca de creciente o la calma en el agua.

Y entre llamas el sol siempre acechando
atrapándome/atrapándonos hasta ser en la mañana
calientes cuerpos que las fiebres desconocen
atentos al recreo de los días en altas crecientes.

Antes o después de las estaciones
cuando los niños se aprestan a los caminos
las flechas pueden atravesar sombras sin ser haces
sin ser la mano que te alcanza en los brillos
y el sol despedazado entre luces
relampagueando/descifrando la herida de la pólvora
 que pinta de cuerpo entero
 un extraño cielo que buscan los cazadores.

Así estamos desnudos,
apátridas,
insospechados en los plantíos,
corriendo sin fin de los peligros y las impertinencias
que traen los advenedizos comerciantes
 de extraños relatos donde la naturaleza se esconde
 en bolsas que se quiebran
 siempre se
 quiebran
 se quiebran...

BREVE PAISAJE

Piel de sierpe,
cruz de mashco,
sueños de garza,
lengua o aletas de renaco:
¿quién enumera este trazo de mi cuerpo
abierto a cielos despejados?

Porque
las pintas me inundan en las tahuampas
y así
he sido
siempre
albedrío de un río que despide
voces de agua en cauces solariegos.

Peje inadvertido
siempre aquí
pinta de hembra
contando en playas no tocadas
los granos de arena asesinados por los barcos.

BREVEDAD DEL PLANETA

Página vacía parece este caserío
 Hojarasca en los patios del desvío
Pero en la brevedad del planeta
 Un registro ancestral acusa las noticias

Porque este pueblo parece
Un libro de mapas inconclusos
Una ruta y su primera incertidumbre

Despedidos por azotes que los días expulsan
 Los niños de la mañana
 Se han vestido de simpleza
 Y han librado recuerdos aciagos
 Mientras crecen sus cabellos en hierbas agrestes

(Sus pasos desvían profundidades
 Resguardados en la intrepidez del planeta)

Y
 poco
 a poco
Se ponen de pie nuevamente
Y cruzan sin prisa apresurados atajos
 Lejos de fulminantes pozos que la noche esconde

NO POSEO SINO

No poseo sino una canoa y una parcela de arroz en un barrial,
no poseo sino el rumor del río huyendo siempre.
Aquí en Sonapi los tiempos son malos,
Digo malos porque no siempre se come o se bebe.
Entonces pienso si moriré en este lugar.
Los muchachos fieles al pueblo pasan sin verme
y no poseo sino mis ojos que me complacen de día.
Recostada en el puente apunto a la luna,
¿qué debo hacer en esta postura?
Solo puedo recordar mi nombre cuando los difuntos me silban.

Del libro

Lo que no veo en visiones (1992)

TIMAREO (1950)

En Timareo no conocemos las letras

y sus escritos

y nadie nos registra en las páginas

de los libros oficiales.

Mi abuelo se enciende en el candor

de su nacimiento

y nombra una cronología envuelta

en los castigos.

(Son muchos los árboles donde habitó

la tortura y vastos los bosques

comprados entre mil muertes).

¡Qué lejos los días, qué distantes

las huidas!

Los parientes navegaron un mar

de posibilidades

lejos de las fatigas solariegas.

Pero no conocemos las letras y sus

destinos y

nos reconocemos en la llegada de un

tiempo de domingos dichosos.

Es lejos la ciudad y desde el puerto

llamo a todos los hijos

soldados que no regresan,

muchachas arrastradas a cines y bares

de mala muerte.

(La historia no registra

nuestros éxodos, los últimos viajes

aventados desde ríos intranquilos).

Y HABITO DESDE SIEMPRE

¿Quiénes han cruzado la quebrada antes
que nosotros?
¿Quiénes han poblado días y columnas
de hastío?
Nos han abierto el camino para llegar
descansados
y nos han dejado un cementerio de voces
que vagan bajo los puentes.
Y habito desde siempre soles despedazados,
largos infortunios antes de rayar el sol
sobre el planeta
y sé que nuestros abuelos han sembrado y
siembran porvenires
y los astros que me conducen acostumbran
a decir atisbo,
atisbo los años para que los muertos
descansen en paz.
Así recito para no olvidar historias de látigos
y libras inglesas aventadas desde los shiringales.
Entonces recuerdo el dolor de una espalda
devorada
y el filo del sable que cortó el miedo.
Era el tiempo en que el viento decía
la palabra salida,
así volaron sombreros de huambé desde
las embarcaciones.
Pero hemos regresado intactos, dolientes
cuerpos insospechados,
sabias manos que siembran frutos al recrear
los caminos.

Del libro inédito
Registros fluviales

EL TIEMPO ES ASUNTO DE LA LLUVIA

De unos bosques vengo, de sus humedales.
Vivo dos veranos y dos inviernos por año.
Mis días son sogas líquidas que se expanden
y nutren hojarascas con insectos sin nombres.
Voy con las hormigas a construir laberintos
y colecciono hongos y raíces que se esparcen
descomponiendo palabras y deseos.
Todo es veloz y lento como un sol disperso.
Me rodea un albergue de troncos, un fantasma de agua.
Las lianas crecen, invaden alturas, atrapan sombras.
Aunque no tengo un paraguas extraño la garúa.

INUNDACIÓN

En esta orilla se inunda el mundo:
mi casa, mi huerta, la calle última,
el techo que cubre mis ojos,
mis botas de jebe Made in China.
Todo está volando sobre el río.
Agua por todas partes. Alto costo de vida.
La sorpresa crece en segundos.
Economía de la lluvia que se impone.
En cada gota que espera dividirse,
en cada estrépito de nubarrones no anunciados.
Naufraga todo en mi cuerpo acostumbrado a flotar.
Y navego sin tiempo en momentáneo equilibrio.

MÁRGENES

Mira hacia abajo donde viven los excluidos de la urbe.
Donde danzan y flotan las balsas. Márgenes.
Balsas que aglomeran y devienen en barrios. Excluidos.
Casas del color del moho y sus huellas crecientes. Paredes.
Clubes nocturnos llenos o vacíos. Bullicios.
Gasolineras con llaves de seguridad. Incendios.
Postas médicas listas para derrumbarse. Salvavidas.
Iglesias, confesionarios y escuelas. Antros.
Consultorios dentales sin puentes. Postizos.
Bodeguitas-bares-música colgando de los oídos.
Mira hacia el distrito de canoas. Anfibios.
Difusos basurales asfixian las orillas. El río deja de ser.
Algo siempre se hunde en la balsa de los días emergentes.